

¿ESTA EL "EURO" CONTRA LA EUROPA SOCIAL?*

Lcdo. Pablo Dávalos

Numerosas contradicciones políticas y económicas se abren, en este fin de siglo, a la Europa de los Quince. El triunfo de Tony Blair, del Partido Laborista, en Inglaterra, así como el sorpresivo triunfo de la izquierda en las elecciones a la Asamblea Nacional, en Francia; van reconfigurando el mapa político de la Unión Europea al tiempo que van cambiando las opciones y las prioridades en materia de construcción de la Unión. Pero, a pesar de esos nuevos cambios, el vector fundamental parece seguir siendo el mismo: la definición de la moneda única, el euro.

En efecto, por sobre cualquier otra consideración, sea social, política, jurídica o cultural, se ha impuesto, hasta el momento, la prioridad de articular

toda la estrategia económica sobre la moneda única, y el Sistema Monetario Europeo (SME). De hecho, a partir del primero de enero de 1999, los diversos países de la Unión Europea, deberán estar listos para entrar en la órbita de acción de la moneda única. Los requerimientos para ser parte del SME, se derivan de los acuerdos de Maastricht, firmados en diciembre de 1991, y hacen referencia a la necesidad de convergencia de las políticas económicas de los diferentes países de la Unión, bajo cuatro parámetros fundamentales, conocidos como los "criterios de Maastricht", que son:

- El criterio de la estabilidad de precios: cada estado miembro debe estabilizar sus precios medidos por el promedio de su tasa de inflación.

* Bélgica, mayo de 1997.

- Esta tasa de inflación no debe de pasar de más de 1,5% la tasa de inflación de los tres estados miembros que presenten los mejores resultados en la materia (artículo primero del protocolo No.6 del Tratado de Maastricht).
- El criterio de participación en el mecanismo de cambio del SME, en los que cada Estado miembro debe participar en el SME y su moneda debe respetar los márgenes normales de fluctuación previstos por el mecanismo de cambio del SME (+/- 1,5%), y no conocer tensiones graves durante los dos años precedentes al examen de entrada. En particular el estado no debe devaluar, ni haber devaluado por iniciativa propia su moneda, en relación a las otras monedas del SME.
 - El criterio de las tasas de interés: en el curso de los doce meses precedentes al examen de entrada, el nivel promedio de las tasas de interés a largo plazo no debe exceder de más de 2% de aquellas de los tres estados miembros que presenten los mejores resultados en materia de estabilidad de precios.
 - El criterio de la situación de las finanzas públicas: medidas a través de dos valores de referencia: la relación entre el déficit fiscal y el PIB no debe exceder al 3%, salvo

si esa relación muestra una tendencia a disminuir substancialmente, o si es el resultado excepcional y totalmente temporal por una coyuntura indeterminada; y el otro valor de referencia es la relación entre la deuda pública y el PIB, que no deberá exceder del 60%, salvo si esa relación muestra signos de una constante disminución a un ritmo satisfactorio que lo acerque al parámetro establecido.

Cuando se firmaron los acuerdos de Maastricht, en 1991, los principales países europeos estaban regidos por gobiernos de derecha, que eran favorables a la liberalización, desregulación y desreglamentación total de las economías europeas. Es en base a ello que en 1990 se liberalizan totalmente los movimientos de capitales al seno de la Comunidad Europea, y la libra esterlina entra en el SME. Al año siguiente, se firman los acuerdos de Maastricht y los gobiernos comprometen sus estrategias para desarrollar una política de convergencia, cuyos objetivos básicos apuntan, entre otros, a cumplir con los acuerdos de Maastricht, a mantener el esquema de los márgenes de fluctuación de las monedas al seno del SME (lo que impide las devaluaciones), y a descentralizar totalmente la política monetaria a través de la autonomía absoluta de la autoridad monetaria de cualquier tipo de decisiones políticas.

Los criterios de convergencia imponen para cada estado miembro la necesidad de coordinar sus políticas económicas, sobre todo sus políticas monetarias y presupuestarias, con los otros estados miembros, y lograr niveles de armonización que les permitan estructurar sus necesidades internas con aquellas derivadas del SME. Los esfuerzos deben ser realizados de manera tal que resulten "creíbles". En definitiva, se les pide a los países europeos de la Unión, algo así como mantener la estabilidad de un barco en plena tormenta. Detrás de estos "criterios" subyace, evidentemente, una concepción neoliberal de la economía que hace de las monedas los criterios referenciales para construir la unión y para calificar a aquellos países que quieran entrar dentro de esa unión, una lógica donde, finalmente, se sacrifican las economías para salvar a la moneda.

Efectivamente, una revisión somera de los "criterios de Maastricht" evidencia que la moneda única en vez de ser concebida como el resultado de un proceso de integración económica, en donde las prioridades nazcan de la necesidad de articular la complejidad de las economías nacionales en base a objetivos económicos regionales y mundiales, es más bien concebida como objetivo final. Lo que debería ser un medio se convierte en un fin. Esto hace que toda la diversidad y comple-

jididad de la integración de las economías de los países de la Unión Europea se reduzcan a un asunto de endeudamiento público, de control de la inflación, y de bajas tasas de interés, visión que, con toda la justeza que tendría tal enfoque dentro del corto plazo, y de un esquema de acción muy reducido, se presenta más bien como una tentativa de reducir la capacidad de maniobra de los países, autonomizando la moneda de todas las relaciones económicas, sociales e incluso de poder, entre bloques económicos, estados nacionales, estructuras productivas y el tejido social. En verdad, tal como están concebidos los criterios de convergencia, el "euro" aparece más bien como una legitimación del neoliberalismo y de su estrategia de dominación ideológica, que en Europa ha sido denominada como "la pensée unique", más que como el resultado de un proceso más amplio de unidad.

Pero los problemas de la integración monetaria europea, empezaron a surgir, justamente, cuando este proceso de construcción de la unidad monetaria comenzaba a nacer. Producto de la liberalización de los movimientos de capitales, los movimientos especulativos se orientan hacia, en ese entonces, las monedas más débiles. Los primeros ataques especulativos a las monedas europeas fueron hechos contra la

lira italiana que, en virtud de ello, fue obligada a retirarse del SME. Pero el golpe más fuerte al SME lo dieron los especuladores durante 1992, el mismo año en el que se impulsaban las primeras fases de los acuerdos de Maastricht, y en contra de una de las monedas símbolos de la Unión: la libra esterlina. Lo curioso del caso, es que una sola persona, que después de este golpe habría de volverse célebre, el financista George Soros, evidencia a través de sus juegos especulativos las debilidades estructurales del SME. El solo habría de fragmentar de tal manera la solidez monetaria de Gran Bretaña que ésta tuvo que abandonar inmediatamente el SME.

Soros mismo describe la serie de eventos que le permitieron golpear a la libra esterlina, así como a la lira italiana, y que, al leerlos, permiten comprender esos poderosos mecanismos que actualmente posee el capital especulativo transnacional para someter las economías nacionales, y que actualmente imponen sus condiciones por todo el mundo. Soros escribe: "El tratado de Maastricht amenazaba la existencia misma del Bundesbank (banca central alemana), y añade: nos encontrábamos en presencia de tres fuentes de conflictos: primero, Alemania tenía necesidad de una política monetaria diferente de aquella del resto de Europa (sobre todo porque

tenía que expandir su gasto público para financiar la reunificación alemana, P.D.); segundo, el Bundesbank sostenía una política fiscal en contradicción con aquella del Canciller Kohl (el Canciller necesitaba dinero para la reunificación, el Bundesbank creía que un exceso de dinero provocaría procesos inflacionarios, y depreciación de la tasa de cambio del marco alemán, P.D.). Tercero, el Bundesbank luchaba por su sobrevivencia en tanto institución, (después de Maastricht, el Bundesbank se convertiría, de hecho y en virtud de la importancia del marco alemán, en el futuro Banco Central Europeo, lo que implica su desaparición como Banca Central Alemana, P.D.)".

"A mi criterio, continúa Soros, este último conflicto era, al mismo tiempo, el menos percibido y el más crucial... Yo he tenido mis primeras sospechas durante un importante discurso de M. Schlesinger, el Presidente del Bundesbank. Él declara que los inversionistas tenían el error de tomar al ECU (ahora EURO) por una canasta de monedas estables... Después de su discurso yo le he preguntado sobre el ECU, en tanto de moneda él me ha respondido que él apreciaba el concepto pero no el nombre, él habría preferido que se lo llame "mark" (la moneda alemana). Yo he comprendido, inmediatamente su mensaje, y es gracias a su interven-

ción que nos hemos animado a vender nuestras liras. Muy pronto la moneda italiana habría de ser expulsada del SME. Las ganancias que habíamos realizado vendiendo la lira, nos permitieron enseguida de tomar riesgos sobre la moneda británica... mientras la presión sobre la libra crecía, los eventos tomaban un cariz cada vez más apasionante. El grado máximo de excitación fue alcanzado cuando el gobierno británico decide aumentar en 2% las tasas de interés a fin de defender su moneda. Acto desesperado que nos prueba la posición insostenible de los ingleses y nos anima a acentuar la presión vendiendo la moneda inglesa. Es el grito de cacería: a medio día las tasas de interés eran elevadas nuevamente. La misma tarde la libra salía del SME y devaluaba ...y, gracias a ello, yo he ganado una suma considerable de dinero...".

El testimonio de Soros es sintomático de las debilidades que subyacen a la construcción europea. Aún en 1997, Gran Bretaña e Italia seguían fuera del SME. El proceso de construcción de la Unión Europea comenzó, de esta manera, con tan graves contradicciones que lo amenazan en su estructura misma. Siguiendo la necesidad de la convergencia, la mayoría de gobiernos europeos han venido impulsando una política económica caracterizada por: privatizaciones,

reducción del gasto social, flexibilización laboral, reducción de impuestos a las grandes empresas, liberalización de la economía, desregulación financiera, nuevas formas de proteccionismo, supresión de ayudas sociales, etc.,etc.

Los criterios de convergencia hacia la moneda única se han convertido en la obsesión de los gobiernos liberales de Europa. Pero su paulatina imposición genera fuertes resistencias y rechazos en toda la población. En España, las huelgas contra el gobierno de Aznar se multiplican constantemente, igual cosa en Alemania, en Italia, en Bélgica. En el caso de Francia, el gobierno de Chirac, aprovechando un fugaz momento de popularidad, disolvió la Asamblea Nacional para garantizar una nueva mayoría que le posibilite un mayor comprometimiento y un mayor margen de maniobra frente a los acuerdos de Maastricht. Por toda la Unión Europea, es el nuevo Sistema Monetario, y la nueva moneda, el euro, la preocupación más importante y la que impone sus condiciones a las políticas de acción, gestión y decisión de los gobiernos europeos.

Pero nuevas voces se levantan con más fuerza a cuestionar duramente los acuerdos de Maastricht, su pertinencia, inclusive su coherencia macroeconómica y su necesidad política.

Más importante que discutir y comprometerse en el SME, está la construcción de la Europa Social, dice Jacques Delors, antiguo presidente de la Comisión Europea. Para Tony Blair, el flamante Primer Ministro inglés, las preocupaciones centrales de la Unión, deben estar también en esos 18 millones de desocupados, y en el alarmante crecimiento de la pobreza y de la inseguridad social. Para Lionel Jospin, Primer Ministro francés, una de las prioridades es la de cambiar los fundamentos de la construcción de la unidad europea, proceso donde hasta ahora ha sido el ser humano puesto en función de la economía, en vez de ser la economía puesta en función de las necesidades humanas.

Un nuevo contexto se va perfilando en la Europa de fines de siglo. Son pocos, ahora, los gobiernos de derecha y, que sean, además, firmemente comprometidos con la liberalización total de las economías. Cada vez crece una opinión mayoritaria de que los problemas más importantes tienen que ver con la construcción de una Europa solidaria, fraterna y social, más bien que con todas las restricciones y acciones que se desprenden de una moneda única. Pero la crisis económica nacida de los procesos de la mundialización de la economía genera, también, oscuras sombras que amenazan seriamente la posibilidad de crear esa Europa social y solidaria de la que empieza a discutirse ahora con fuerza.

Entre esas amenazas que van surgiendo, está el peligroso crecimiento de la extrema derecha en Francia, en Italia y en Alemania. En efecto, el Frente Nacional de Jean Marie Le Pen, alcanzó en las últimas elecciones a la Asamblea Nacional, un peligroso 15%, y en Italia el crecimiento y consolidación del fascismo, amenaza con la secesión del país. Aparte del crecimiento de la extrema derecha, está la multiplicación de leyes contra los inmigrantes de carácter claramente racistas, excluyentes y autoritarias. Las Leyes Debré y Pasqua, en Francia; la ley Vande Lanotte, en Bélgica, castigan ya no solamente a los inmigrantes ilegales, sino también a aquellos que algún grado de solidaridad muestren hacia ellos. Es sintomático el hecho de que por vez primera en Bélgica, una ama de casa que albergó a un inmigrante ilegal haya sido condenada a prisión, y que en Francia los intelectuales llamen a la "desobediencia civil" en contra de la Ley Debré.

Así, un complejo y contradictorio panorama se presenta dentro de los procesos de la Unión Europea. El Euro impone sus condiciones a las economías, condiciones que nacen de aquel proceso conocido como mundialización de la economía, mientras que cada vez más personas consideran que la prioridad debe ser la edificación de una Europa Social, y existe una enorme movilización social por defender conquistas logradas hacía mucho tiempo y que ahora corren el riesgo

de desaparecer: la seguridad social, el empleo, la protección social, etc.

"Globalisation is the great economic event our era...globalisation has been a force for prosperity in much of the world" dice el Financial Times (F.T. 06-05-97). Quizá habría que oponer a tal optimismo una frase que se le deslizó (?) a Jacques Chirac en su intervención al pueblo francés anunciando la renuncia de su Primer Ministro, Alain Jupé, y que evidencia hasta qué punto la mundialización sea más bien un pro-

ceso del cual haya que defenderse: "...il faut que la France soit devenu une grande nation moderne...pour cela il faut une politique claire. Une économie d'initiatives et de libertés. Un Etat plus efficace et plus décentralisé. Un modèle social rénové nous garantissant contre les effets de la mondialisation". (Le Monde, 29-05-97, subrayado mío).

N.B.: El testimonio de Soros corresponde a : "Le défi de l'argent", George Soros, Ed. Plon, París, 1996.